

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Epílogo

¿Hacia dónde vamos?

RESUMEN.— La pregunta central de la actual generación de mexicanos: ¿Hacia dónde marchamos? Un interesante tema a discutir ahora para traducirlo en actitud consciente después.

Epílogo

EL CAMINO ESTA A LA IZQUIERDA, NO "ARRIBA Y ADELANTE"

¿Cual es, a estas horas, la estrategia de la burguesía mexicana y qué perspectiva de cambio ofrece? Aunque en el seno de la burguesía se advierten divergencias, por lo demás inevitables, sobre el camino a seguir, podría afirmarse que sus sectores más representativos defienden una línea de desarrollo capitalista dependiente, con matices nacionalistas de diverso alcance, coincidiendo en el propósito central de preservar el sistema y modificar la dependencia **externa** en aspectos más o menos secundarios. Dentro de ese marco común no es difícil, repetimos, advertir desacuerdos que, sin ser propiamente antagónicos o siquiera fundamentales, expresan diversos tipos de relación y diferentes grados de subordinación a los intereses extranjeros; pero que no dejan de tener importancia.

Para apreciar más de cerca el alcance de tal estrategia y en particular de la nueva política de la etapa echeverrista, conviene recordar algunos de los acuerdos adoptados en la VII Asamblea Nacional del PRI, que significativamente éste ha publicado bajo el rubro de "Hacia una nueva sociedad".

Veamos. La clase dominante en México no queda, cuando se trata de expresar aspiraciones, atrás de nadie. Su empeño es construir nada menos que una "nueva sociedad", en la

que, "según la Declaración de Principios del PRI "... el hombre se encuentra a sí mismo, en el disfrute pleno de la justicia, las libertades y la democracia"; "... una sociedad... plenamente plural en lo ideológico, ... en que todos los mexicanos tengan un mínimo de bienestar y en que no se dé ni el dispendio ni la miseria...".

¿Cuál es el camino para crear esa nueva sociedad?: el "nacionalismo revolucionario" ¹. ¿En qué consiste éste?: en adoptar ciertas reformas, cuyo alcance podremos apreciar más fácilmente y con mayor objetividad, después de conocer la base de qué se parte y el carácter de la sociedad que se intenta transformar.

Según los dirigentes del PRI no se trata —debemos recordarlo— de crear una sociedad esencialmente distinta a la actual, y, menos todavía, de crear las condiciones para una nueva revolución. Las bases de la "nueva sociedad" están echadas; las sentó la Revolución Mexicana y hacen posible partir de lo que, para la burguesía y sus ideólogos, es ya una "sociedad revolucionaria... en estado de transición...". ¿Qué fase del proceso histórico recorre esta sociedad? La doctrina oficial es, al respecto, bastante ambigua, pues si bien contraponen a menudo situaciones que atribuye, ora al "antiguo régimen" ora al "revolucionario", no es fácil saber si por "antiguo" entiende el feudalismo o, simplemente, el porfirismo. En cambio, cuando se habla del proceso "revolucionario", es claro que se alude al desarrollo capitalista logrado después de la Revolución de 1910 y no, naturalmente, al socialismo.

En la actual etapa —acepta el PRI— existen contradicciones que deben ser desterradas, reguladas o conciliadas, cuando ello es posible; así como "incoherencias que deben ser eliminadas radicalmente...". tampoco se sabe sin embargo, en realidad, cuáles son las "contradicciones" o siquiera las "incoherencias" más graves. Lo que sí se advierte es confianza absoluta en cuanto a que, cualesquiera que sean unas u otras, "la sociedad mexicana está preñada de posibilidades... para construir una democracia política, económica y social, una democracia que, además de ser una meta a alcanzar, es el medio para construir la nueva sociedad" ².

Y ¿cómo fortalecer la democracia y avanzar hacia la nueva sociedad? A través, responde el PRI, de un "reformismo global", de una serie de cambios graduales que tomen cuerpo en

un programa de acción, que fundamentalmente incluye medidas a corto y mediano plazo tales como la demanda de cooperación internacional, un mejor reparto del ingreso, la preservación de la libertad de cambios; el fomento de la inversión nacional y la regulación de la extranjera, la adopción de una política fiscal progresiva, la continuación de la reforma agraria iniciada a principios del siglo, el estímulo a las exportaciones, el aliento al pluralismo y a la creación de nuevos partidos políticos, y, en un sentido más amplio, la redefinición del papel del estado en la "orientación, suplencia, aliento, ayuda y regulación de las actividades económicas".

Dentro de la economía mixta en que vivimos —expresa la Declaración de Principios del PRI—... es posible subordinar el lucro al uso y a la utilidad individual. No estamos en contra —añade— de la ganancia individual; condenamos su exceso y la especulación".

Tal es en esencia y en pocas líneas la estrategia del cambio social ofrecida por la clase en el poder. Acaso sólo falte añadir que, para ella, los vehículos principales del cambio son la empresa privada y el estado, en lo que hace propiamente a la gestión económica y social, y en lo político, el PRI, al que se define como "un partido revolucionario" —lo "que no se opone a lo institucional"— y "como organización de vanguardia en una sociedad plural...", que, en vez de interesarse en fomentar la lucha de clases, gobierna conforme a la vieja doctrina de la "unidad nacional", en diálogo con otros partidos "registrados" que acepten las en verdad singulares reglas del juego de la democracia a la mexicana.

Hemos dicho que tal es, en esencia, la estrategia del gobierno y de amplios sectores de la burguesía. Pero quizá convenga aclarar que esa es, solamente, la versión formal, lo que se dice en el papel o en los discursos y en las grandes ceremonias. Los hechos son otra cosa; son algo que generalmente no está siquiera presente en la liturgia oficial. Y de ello resulta que, junto a otras contradicciones más graves, en las posiciones de la clase en el poder casi nunca coincide lo que se dice con lo que se hace, no tanto porque la burguesía sea insincera o incongruente —que en buena medida lo es—, sino porque el divorcio entre las palabras y los hechos expresa en el fondo, aunque casi siempre de manera distorsionada, el verdadero e

inanzable antagonismo entre los capitalistas y los trabajadores, esto es, entre lo que las masas suelen reclamar o la burguesía suele prometerles verbalmente para mitigar su descontento, y lo que, en realidad, está dispuesta y en condiciones de hacer.

Es obvio, por ejemplo, que si bien grandes capas de la población, y sobre todo campesinos y trabajadores agrícolas denuncian el latifundismo y exigen su liquidación, las mejores tierras del país y el grueso de los recursos agrícolas siguen, en 1973, en poder de mil o dos mil neolatifundistas.

Y lo mismo acontece en otros campos:

Se postulan las ventajas de un reparto equitativo del ingreso nacional, y los ricos —incluyendo desde luego muchos funcionarios— se vuelven más ricos, mientras los pobres se empobrecen —cuando ello es posible— todavía más;

Se reitera la necesidad de una reforma fiscal progresiva y se desaprovecha en la práctica, como acaba de ocurrir apenas en diciembre de 1972, la posibilidad de realizarla, y una vez más se opta por el "desarrollismo", es decir, por una reforma inocua y más bien regresiva, que afecta más a los grupos de ingresos bajos y medios que a quienes acaparan el grueso de la riqueza y el ingreso nacionales;

Se habla de las ventajas de la estabilidad y de que no se devaluará nuestra moneda, y se fomenta de múltiples maneras la inflación y el peso se devalúa, una vez más, junto con el dólar; pero eso sí, sin que los funcionarios dejen de hablar de la "firmeza" envidiable del peso mexicano;

Se acepta que la inversión extranjera es, en muchos sentidos, perjudicial, y la flamante ley de la materia sólo se ocupa de cuestiones secundarias y deja esencialmente las cosas como antes;

Se declara, aquí y allá, el respeto a la independencia de los sindicatos, y al amparo de la política de "unidad nacional" se apuntala al charrismo en todo el movimiento.

En fin, se recomienda que "el derecho de propiedad no estorbe el derecho al trabajo", y los capitalistas siguen provocando el desempleo y el subempleo, como consecuencia inevitable de una política que, como hemos visto, no está "contra la ganancia individual", sino sólo "contra su exceso y la especulación".

En otras palabras: la "nueva estrategia" de la burguesía mexicana está contra el desarrollismo y no es sino una menos burda versión del desarrollismo; está contra la dependencia y no es sino una nueva forma de dependencia; está, incluso, de palabra y en abstracto "contra el imperialismo" y claramente exhibe su incapacidad histórica para desenvolverse en un marco que no sea el de la subordinación al capitalismo y el imperialismo.

Crear que la política económica de México fue desarrollista en los últimos tres decenios, pero que ha dejado de serlo en los dos últimos años, sería simplemente hacerse ilusiones o, lo que es peor, hacer demagogia. Bajo el capitalismo del subdesarrollo la burguesía sólo puede impulsar —debemos entenderlo— el desarrollismo, es decir, sólo puede promover un desarrollo inestable, frágil, dependiente y plagado de deformaciones, porque lo que en otras condiciones históricas fueron agentes dinamizadores del proceso ahora son obstáculos a los que la clase en el poder no quiere ni está en condiciones de enfrentarse. Incluso podría decirse que, en la medida en que es la burguesía nacional y extranjera la que explota el trabajo del pueblo mexicano y la que malinvierte, consume y dilapida el fruto de ese esfuerzo, en esa medida es el principal obstáculo al desarrollo. La dependencia y el imperialismo, por otra parte, no son hechos "externos" o meras formas extranjeras de dominación: son expresiones profundas y a la vez consecuencias inevitables de una estructura socio-económica que, en su fase monopolista los genera y reproduce incesantemente.

El imperialismo no es solamente las inversiones y los préstamos del exterior, los conglomerados internacionales, los barcos piratas que pescan en nuestro mar territorial o las incursiones policíacas de la CIA y el FBI. Es mucho más que todo eso y su influencia, por consiguiente, es mucho más vasta que lo que tales formas de penetración pudieran sugerir: es una fase —precisamente en la que vivimos— del desarrollo capitalista, una fase en la que se agudiza la dependencia tanto en el comer-

cio, la industria y las finanzas como en el seno mismo de la clase dominante, que bajo el capitalismo del subdesarrollo es, al propio tiempo y estructuralmente, una clase dominada. El ámbito del imperialismo no se circunscribe, pues, tan sólo al comercio o los movimientos internacionales de capital: abarca la estructura interna de clases y el tipo de relaciones y contradicciones que entre ellas se establecen, el Estado y los sindicatos oficiales, los procesos de "mexicanización", "argentinización", "brasileñización", etcétera, los mecanismos de integración latinoamericana e incluso las nacionalizaciones, sobre todo cuando éstas sirven para que el capital extranjero abandone los campos que ya no le interesan y se desplace hacia otros más lucrativos y de significación estratégica mayor. Y, estando estrechamente ligados los intereses de la burguesía nacional y extranjera —lo que no quiere decir que tales intereses sean idénticos—, se vuelve fundamental distinguir entre un antiimperialismo burgués y un antiimperialismo antiburgués, es decir, entre una posición que ve en el imperialismo esencialmente un fenómeno externo, pasajero; superestructural susceptible de vencerse mediante tímidas reformas democráticas y débiles restricciones legales que no lesionen los intereses de la burguesía nacional, y en el fondo ni siquiera de la extranjera, y otra que lo concibe como la base y el marco histórico dentro del que funciona, en nuestros días, el capitalismo, no porque así lo quieran quienes gustan de crear "problemas artificiales" a la clase en el poder, sino porque así lo determinan las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad.

Cuando se examina lo que es el centro de la nueva estrategia de la burguesía mexicana, se aprecian mejor que a través de las palabras las contradicciones que en ella están presentes y sobre las que, a la vez, pretende actuar de diversas maneras. La política oficial parece seguir, en lo fundamental, el cauce abierto hace ya más de treinta años; pero como recientemente se acentúan ciertas contradicciones que afectan los intereses de la clase en el poder, y que de no contrarrestarse podrían llegar a constituir graves problemas, la política echeverrista, convencida de que a estas horas no es posible repetir mecánicamente lo que otros gobiernos hicieron con éxito, parece empeñada en: 1) buscar un reacomodo más ventajoso en la relación con el capital extranjero; 2) estimular a ciertos sectores de la burguesía nacional, que, a consecuencia del propio proceso de concentración y centralización del capital, se hallan en condiciones cada vez más desfavorables frente a los grandes monopolios; 3) atraer a ciertos sectores de la pequeña burguesía cuyas deman-

das, de no ser atendidas, pueden volverse focos de creciente malestar y aun un potencial susceptible de ser aprovechado por la izquierda, y 4) una base más sólida desde la cual negociar con las masas, a fin de mantenerlas bajo el férreo control de los sindicatos "blancos", el charrismo y el sistema corporativo del partido oficial.

La burguesía mexicana —como por lo demás lo está haciendo la venazolana, la colombiana, desde luego la peruana y la panameña, y aun en cierto modo la argentina y brasileña—, intenta, y con razón, obtener un mejor trato de los capitalistas extranjeros. ¿Y qué es lo que les pide? Esencialmente, que no compren empresas mexicanas ya en operación; que no desplacen a los capitalistas mexicanos de ciertas actividades; que se conformen con los campos —por cierto muchos y muy lucrativos— en que pueden desenvolverse a sus anchas; que no usen prestanombres fantasmales sino que se asocien abierta y directamente con capitalistas mexicanos de carne y hueso; que inviertan en mayor medida —sin que esto entrañe una obligación— lo que ganan en el país, y que, en general, aumenten la afluencia de inversiones directas y créditos pues de no ser así se volverá imposible amortizar el capital y pagar los intereses de la ya enorme deuda exterior. Todo lo cual, por cierto, define con precisión el verdadero alcance del nacionalismo y el antiimperialismo de la burguesía mexicana.

La preocupación del Estado por apoyar a ciertos sectores de la burguesía, frente a los más poderosos, no es menos explicable. En realidad no se trata de perjudicar al gran capital monopolista; lo que se persigue es apoyar —con créditos, protección fiscal, medidas de fomento, obras de infraestructura, etcétera— a numerosos empresarios y compensar así, en alguna medida la acción de las leyes del mercado, que despiadadamente lanzan a muchos de ellos a una competencia cada vez más dura e inclusive a la quiebra.

También es comprensible el interés con que, en la "nueva estrategia" se intenta atraer a ciertos sectores inconformes de la pequeña burguesía, otorgando sueldos, prestaciones y, en general, condiciones económicas mejores, y sobre todo concesiones políticas, como la de abrir la posibilidad de que si ciertos grupos descontentos se organizan humildemente en partidos "minoritarios", en torno al partido "mayoritario" —o sea el oficial— pueden obtener algunas curules, a cambio solamente de

ayudar a demostrar que en México sí existe una democracia efectiva.

Desde el Secretario de Gobernación hasta el Consejo Nacional de la Publicidad y los actores y cómicos a su servicio, están empeñados en que los mexicanos debemos votar. ¡Tal es la consigna a cumplir! Y como en el clásico y terminante "To be or not to be", nos enfrentan a la perentoria y dramática disyuntiva de: "votar o no votar", como si tal fuese el único problema nacional que realmente importara a estas horas. Los buenos mexicanos deben votar, por el PRI, naturalmente, porque en la práctica es el único que cuenta, a menos que uno quiera jugar a la democracia y apoyar a algún candidato de "la oposición", pues a diferencia de lo que ocurría en el viejo sistema electoral, en el que el PRI ganaba siempre "de todas, todas", el sistema es ahora más eficiente y cuenta con ciertos mecanismos autorreguladores que permiten que la propia imposición garantice el triunfo de algunos candidatos de la oposición. Parecería, en rigor, como si todas nuestras viejas y hondas diferencias se hubieran reducido a dos: de un lado, los mexicanos que votan, y del otro, los que se abstienen. Los primeros se nos presentan como el símbolo mismo del patriotismo, de la conciencia cívica, de la democracia, el respeto a la ley y las buenas costumbres; los segundos, en cambio, son los indecisos, o al menos quienes sólo parecen tener determinación cuando se trata de oponer escollos artificiales al progreso democrático e institucional de la nación. Ya lo decía el experimentado profesor Sánchez Vite, ahora tan injustamente olvidado en el PRI, pero que, desde la dirección del mismo siempre estuvo a la vanguardia en la defensa de la "apertura democrática": "El peligro no lo representan —solía decir— quienes ejercen sus derechos cívicos para enaltecer la vida social; el peligro está en el núcleo de los ajenos a la participación política organizada..."³

Se ha llegado a tal extremo que, en los estereotipos de la propaganda oficial, empieza a crearse una imagen siniestra de la abstención, una imagen que la presenta como algo realmente criminal, como el signo ominoso de la oposición a la ley y aun a la patria. ("... La abstención", declara el presidente del PRI, licenciado Jesús Reyes Heróles, "se opone a México. La abstención lucha contra México")⁴ cuando, en rigor, es un medio de acción y de protesta no contra la patria sino contra el PRI y la clase en el poder, que por otra parte se ha empleado decenas de veces en numerosos países. ¡Como si realmente —por lo de-

más— fuera un delito no votar en donde, en buena medida, no se vota, y no elegir diputados, senadores y otros personajes burocráticos en un sistema en el que, como todos lo sabemos, son otros funcionarios de más alto rango —y no el pueblo— quienes administrativa y discretamente los designan en sus cargos desde antes de las elecciones! Lo que comprueba que el surrealismo mexicano no es un invento de los críticos del PRI, sino una insoslayable realidad de nuestra peculiar democracia burguesa.

En fin, tampoco sorprende que la clase en el poder trate de reducir y contrarrestar la inconformidad de los trabajadores, y que, ante la imposibilidad de resolver a fondo sus problemas o siquiera de asegurarles una manera de vivir mínimamente digna, se limite a hacer pequeños ajustes aquí y allá, y a otorgar ciertos servicios como la construcción de viviendas, la ampliación de los beneficios del seguro social, el empleo de más mano de obra en los programas oficiales y la legalización de la jornada semanal de cuarenta horas, hasta hoy sin embargo sólo autorizada en favor de quienes, en realidad, desde hace mucho tiempo no trabajan jornadas más largas.

El que la burguesía esté centrando su política en torno a las contradicciones antes mencionadas no significa que ellas sean las únicas presentes o siquiera las más graves ni, desde otro punto de vista, que tal política sea por fuerza incapaz de generar ciertos cambios. Si bien la línea de acción de la burguesía no parece, en conjunto, desenvolverse en el marco de lo que, estrictamente, pudiera considerarse una estrategia de largo alcance, tampoco consiste tan sólo en unas cuantas medidas desarticuladas y puramente pragmática. Aunque algunos funcionarios y no pocos comentaristas le asignan a menudo este último carácter —como queriendo subrayar que esencialmente es una manera de actuar práctica, inteligente y flexible, desprovista de todo contenido ideológico—, en realidad, se trata de una política que si bien es, en efecto, fundamentalmente empírica, por un lado no carece de cierta lógica y, por el otro, está cargada de ideología burguesa, sin perjuicio de que en algunos aspectos exhiba, a la vez, frecuentemente, la influencia de concepciones y enfoques pequeños-burgueses, representativos de intereses y aspiraciones de amplios sectores intermedios que la clase en el poder necesita halagar y, en alguna medida, satisfacer.

Las contradicciones antes señaladas son fenómenos reales que incluso tienen una identidad precisa y bien definida, pero a la vez reflejan relaciones y contradicciones más profundas, que desde luego rebasan el marco de la política y aun de la ciencia social burguesa, y sobre todo, en ellas se advierte la contradicción fundamental del sistema, que al menos en algunos aspectos parece acentuarse bajo el capitalismo del subdesarrollo. En efecto, entre las contradicciones subyacentes que directa o indirectamente provocan los desajustes que más inquietan a la clase en el poder, podría mencionarse 1) el creciente antagonismo entre la expansión de las fuerzas productivas y el —en un sentido histórico— cada vez más angosto y rígido marco en que se desenvuelven las relaciones de producción, pues mientras aquéllas tienden a ampliarse bajo la creciente socialización del trabajo, éstas son, a su vez, más y más sometidas a la influencia de la concentración y centralización del capital, del monopolio y de un régimen de propiedad privada en el que el número de los grandes detentadores de la riqueza se reduce a cifras increíblemente pequeñas, y 2) el resultante y cada vez más directo enfrentamiento entre los capitalistas y los trabajadores (contradicción burguesía proletariado), que aun cuando políticamente no refleje aún un alto nivel de conciencia de las masas o no se exprese en luchas espectaculares —y a veces ni siquiera aflore fácilmente a la superficie—, objetivamente está presente y aun tiende a agudizarse, pese a los esfuerzos de la clase en el poder por suavizarla.

Sería interesante, pero demasiado ambicioso para intentarlo en estas líneas, tratar de mostrar las principales formas que adoptan las contradicciones anteriores⁵. Me limitaré, por lo tanto, a recordar y a la vez subrayar que la dinámica central del desarrollo capitalista no es sino un complejo de contradicciones, estrechamente relacionadas entre sí y que el sistema, sobre todo en el contexto del subdesarrollo, es incapaz de resolver. La economía mexicana lo comprueba dramáticamente a estas horas. En efecto, crecen de prisa la población y la fuerza de trabajo, pero ni las empresas privadas ni el Estado la pueden absorber en proporciones y a niveles de ingreso satisfactorios, y desde la agricultura a la gran industria se aprecia cómo ni el latifundio, en un extremo, ni el monopolio extranjero en el otro puede acabar con el desempleo y el subempleo de millones de hombres y mujeres aptos para trabajar; crece la población y con ella también el número de familias sin viviendas mínimamente adecuadas; aumenta el número de niños en edad escolar, y aumenta

también, en números absolutos, el de los niños sin escuela y el analfabetismo; se expande la capacidad de producción pero buena parte de ella queda ociosa porque los trabajadores nunca tienen dinero suficiente para comprar lo que ellos mismos producen; crece el excedente y la necesidad de utilizarlo racionalmente, y a consecuencia del régimen de propiedad privada el ingreso se concentra más y más en manos de una pequeña oligarquía, que a su vez fomenta el desperdicio y la dilapidación de la riqueza que, en otras condiciones, beneficiaría a las mayorías. Y así, sucesivamente: se fomenta la industrialización sustitutiva de importaciones y aumentan, como nunca antes, las importaciones y se ahonda el desequilibrio de la balanza de pagos; se pide prestado más dinero al extranjero para impulsar el desarrollo, y lo que se obtiene apenas basta para pagar lo que se debe.

Y, precisamente porque todos esos problemas, "círculos viciosos" y en el fondo, contradicciones resultantes del modo anárquico, desigual, deforme y dependiente en que opera el capitalismo del subdesarrollo; porque todos ellos escapan a la política y la estrategia de la clase en el poder y, en consecuencia, rebasan con mucho el marco de la "unidad nacional", la "apertura democrática" y el desarrollismo del PRI, es por lo que, en síntesis, consideramos que la perspectiva de una transformación profunda, a largo plazo, no ha cambiado en los dos o tres años más recientes. El problema sigue siendo esencialmente el mismo: los obstáculos que impiden el desarrollo nacional independiente y democrático de un país como el nuestro no son circunstanciales: están estrecha, orgánica, indisolublemente ligados al capitalismo y al imperialismo, es decir, a una estructura socio-económica y un sistema de relaciones internas e internacionales en los que, en vez de que los hombres trabajen y luchan juntos, verdaderamente unidos para resolver sus más graves problemas y vivir en condiciones diferentes, se reparten en dos clases antagónicas e irreconciliables, una de las cuales explota a la otra y retiene lo que ésta produce, adueñándose de la riqueza social que, en la etapa monopolista, se concentra principalmente en poder de unos cuantos centenares de grandes consorcios privados y públicos dominados en gran parte por la oligarquía y que, en última instancia, son quienes "democrática" —no desde luego, oligárquicamente— deciden el rumbo del desarrollo y aun la suerte toda de la nación.

En una reciente entrevista de *The New York Times* al presidente Echeverría, el periodista C. L. Sulzberger hacía notar

que "... aunque él considera que sus simpatías son relativamente liberales, surge de la conversación que lo que Echeverría desea más que nada es hacer que el sistema funcione más que cambiarlo"16. Lo que, en otras palabras, corresponde en rigor a lo que el propio presidente expresaba en su primer informe de gobierno: "Cuando hay indicios de que nuestras normas de convivencia están en peligro, debemos reafirmarlas con mayor convicción"; "... nuestro sistema político tiene la experiencia y la solidez suficientes para revisar sus métodos sin alterar sus principios...".

Al recordar la dimensión real de la "nueva estrategia" de la clase en el poder, lo que nos interesa no es insinuar que, puesto que se trata de cambios que no satisfacen nuestras aspiraciones, carecen de importancia. Todo cambio, por pequeño que sea, tiene cierta significación y es, en general, mejor que el estancamiento, bien porque abre perspectivas de transformaciones mayores o al menos porque expresa desajustes y problemas que obligan a realizarlo. Del mismo modo que toda libertad, por insuficiente que sea, es susceptible de aprovecharse para realizar acciones que más tarde permitan acometer tareas políticas mayores, sobre todo si se conoce a fondo la realidad en que se actúa y se descubren sus contradicciones más graves, y no simplemente se repiten los esquemas y lugares comunes tomados de los manuales de divulgación.

Pero lo que también es indudable es que si la burguesía no es siquiera capaz de poner en marcha un programa de reformas medianamente coherentes, que resuelva en alguna medida los problemas de hoy, menos lo es de preparar las grandes transformaciones de mañana. Y este vale en nuestro concepto, para toda la burguesía mexicana, y no solamente para ciertos sectores de ella. Por eso es inaceptable la posición de algunos grupos liberales, que, suponiendo de fondo ciertos desacuerdos interburgueses que en realidad lo son de grado, presentan la alternativa "democracia o fascismo" como la única realista y viable en la perspectiva mexicana.

En la etapa en que vive el capitalismo nadie podría, desde luego, menospreciar el peligro fascista y replantear, confiadamente la vieja e ingenua consigna del "Eso jamás sucederá aquí". La amenaza del fascismo está presente en nuestra patria, como dramáticamente lo comprueba la violenta represión de los últimos años. Y aunque es indudable que ciertos secto-

res de la burguesía entrañan un mayor y más grave peligro que otros, lo que no parece convincente es que, apoyando a los sectores supuesta o realmente liberales, frente a los más conservadores, se pueda afirmar la perspectiva democrática y cerrar el paso al fascismo. La alternativa, en realidad, es otra: es más bien la de **capitalismo o socialismo**.

Sabemos que ciertos intelectuales, de los que en actitud maniquea siempre buscan —y para su buena suerte, encuentran— algún sector "patriótico" y "sano" de la burguesía al que puedan servir, saltarán como impulsados por un resorte y denunciarán nuestra posición como utópica, pueril, y aun como expresión de un "aventurismo de izquierda" —como a menudo califican a las posiciones políticas que trascienden los marcos establecidos por la burguesía. Como si lo que se propusiera es instaurar el socialismo en el vacío o caprichosamente.

Cuando hablamos de que la meta a alcanzar es el socialismo y no un capitalismo "democrático" y "nacionalista" como el que —esto sí, utópicamente— imaginan ciertos elementos de la burguesía y sobre todo de la pequeña burguesía que no logran ver más allá del sistema, somos conscientes de que las transformaciones sociales no se resuelven por decreto ni se producen espontáneamente, de la noche a la mañana. El socialismo es una fase del proceso histórico, un estadio que sólo puede alcanzarse a partir del agravamiento de ciertas contradicciones y de la creación de un orden de cosas que, en parte expresa y resulta de leyes que rigen el desarrollo de la sociedad, y en parte de acciones humanas organizadas y conscientes que, con base en una teoría revolucionaria son capaces de cambiar, incluso en unos cuantos meses, lo que por años pudo haber parecido intocable y eterno. Y lo que nos hace ser optimistas respecto al futuro es que, pese a la habilidad de la burguesía y a la debilidad de las masas para imponer la una y aceptar las otras un reformismo engañoso y que a la postre sólo ha contribuido a preservar el orden de cosas existente; a pesar de los numerosos tropiezos, de las derrotas dolorosas y de los desacuerdos y aun divisiones hasta ahora inzanjables, en el seno de la izquierda, a partir de las luchas populares de los años 58 y 68 y de los avances organizativos logrados después de 1969, empieza por fin a forjarse una ideología independiente y a comprenderse en grupos cada vez más amplios de obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales, que sólo una estrategia revolucionaria que se exprese en un programa político de corto y largo alcance y

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ADMINISTRACION

que ofrezca una alternativa genuinamente proletaria, podrá crear las condiciones para conquistar el poder y, desde allí, sustituir la dictadura que de hecho ejerce actualmente la burguesía, por un régimen en que las grandes mayorías del pueblo mexicano —los pobres, no ya más los ricos—, dirigidas por un partido socialista, "expropien a los expropiadores", hagan prevalecer sus intereses y empiecen a convertir en realidad sus más viejos y caros anhelos, en un México y una sociedad en que desaparezca en definitiva la explotación del hombre por el hombre.

NOTAS

- (1) "El nacionalismo revolucionario —se dice en la Declaración de Principios antes mencionada— es el camino para la liberación de los pueblos oprimidos y dominados". Y en el Programa de Acción del PRI se reitera: "Nos orientamos en un nacionalismo revolucionario que combate, por igual, hargemonías internas y externas". El Día, México, 24 de octubre de 1972.
- (2) "Convencidos de la democracia política, creemos que a través de ellas los revolucionarios mexicanos podrán construir esta nueva sociedad, que será más democrática". Declaración de Principios del Partido Revolucionario Institucional.
- (3) El Día, México, 13 de noviembre de 1971.
- (4) Excelsior, 12 de marzo de 1973.
- (5) El autor trabaja actualmente en un estudio sobre estos temas, que próximamente se publicará en forma de un pequeño libro.
- (6) Excelsior, 28 de febrero de 1973.

Apéndice

NOTAS SOBRE EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN MONTERREY

RESUMEN.— He aquí un tema que espera a quien o quienes deberán actuar todas sus implicaciones.